

La Educación Física

Una historia muy personal

Rubiela Arboleda Gómez¹

Mi primer contacto con la carrera de Educación Física fue a través de un amigo que conocí en la infancia: Héctor Cortez; él me enseñaba las tablas de multiplicar y siempre creí que era un matemático. Cuando estaba en segundo de bachillerato, mi directora de grupo nos sugirió ir pensando en la Universidad, qué estudiaríamos y qué queríamos ser cuando fuéramos grandes; una manera de hacerlo, continuó la señorita Piedad, era pensar en la materia que más nos gustaba en el colegio y que por ahí saldría eso para lo que serviríamos en la vida. Empecé a pensar siguiendo esa pista, pero fue inútil, máxime cuando ese año, segundo, fue mi peor pesadilla y por poco lo pierdo si no es porque la maestra de religión me aplica la "ley de arrastre". La única materia que me gustaba era Educación Física, que la orientaba América de Sansón, a quien admiraba profundamente no solo por su belleza física "muy conservada", sino por ser jurado de Gimnasia Olímpica.

¿Que en dónde? no sé... pero eso era lo más cercano a mi sueño de ser bailarina o gimnasta e ir por el mundo con el *Circo Los muchachos*, de filiación comunista. Así las cosas, me decía "si se estudiara la EF... pero eso no se estudia". Héctor ya no me daba clases, pero iba a mi casa con frecuencia y alguna de esas veces me preguntó eso que mi profesora nos había instado a ir resolviendo

-¿Qué querés estudiar?

Le conté entonces mi angustia y él me respondió de inmediato,

-La Educación Física sí se estudia, eso es lo que yo estudio en la Universidad de Antioquia.

Esa fue toda una revelación para mí, yo no lo podía creer, quedé fascinada con esa noticia y desde ese momento ¡ya sabía qué iba a ser yo en la vida!

Hice caso omiso a su interés en que desistiera de esa idea, no valieron sus ejemplos de lo duro, inútil y subvalorada que era la profesión, ni siquiera cuando arguyó que era una cosa de hombres y que a mí me iba a dar muy duro por mi físico. Aunque no lo crean, era muy delgada, hasta el punto de preocupar a mi familia por el fantasma de la desnutrición. Qué íbamos a imaginar que precisamente el ingreso a Educación Física me costó la silueta y en el primer semestre aumenté 8 kilos y hasta el sol de hoy. Desde segundo de bachillerato decidí y pregoné que estudiaría

¹ Docente investigadora del Instituto de Educación Física de la Universidad de Antioquia

Educación Física y me dediqué a aclararle al mundo que sí, que eso se estudiaba y que había una carrera con esa denominación, y que no, que no sería penoso o vergonzante decir que estudiaba eso.

En mi colegio, el *Javiera Londoño*, los miércoles en la última hora, las chicas de sexto teníamos un espacio que se llamaba "Orientación vocacional"; en ocasiones buscábamos la manera de escapar a este momento porque se nos hacía aburrido, sobre todo cuando iban invitados de profesiones muy lejanas a los intereses personales. En una oportunidad decidí no asistir y me quedé, con otra amiga, en una banca donde cruzaban las que sí iban a cumplir la cita; alguna me preguntó:

-¿Qué tema es hoy?

Y yo, por hacer un chiste, contesté,

-Educación Física

Por supuesto que causaba risa porque todas sabían bien que ese era mi interés más claro, lo que hacía absurdo mi desidia en ese instante. No pudimos escapar, la profesora de disciplina se anticipó y nos obligó a ir al salón múltiple donde estaba a punto de iniciar la presentación del Licenciado en Educación Física Francisco García Zapata. Me quedé desconcertada ante la coincidencia y ante la postura del colegio al invitar a esta carrera al estrado. Luego me enteré que Flor Cecilia, la encargada de este espacio y quien me forzó a asistir, lo hizo pensando en mi obsesión; en ese momento ¡era la única de esa institución que había mencionado tal vocación! Ese pues fue mi segundo contacto con la Licenciatura en Educación Física.

Llegó entonces Jorge Iván Ríos, *Chiripa*, ese fue otro encuentro grato y propositivo. Entre la salida del colegio y el ingreso a la Universidad transcurrieron varios meses, así que empecé a hacer gimnasia con una amiga que tenía un "quiebre" en *La de Antioquia* y que usaba el pretexto de trotar y demás para verlo. Algún día incluso, me dejó plantada luego de la ducha porque la iban a llevar a la casa en moto y yo no cabía (¡plop!). En esas idas a inventar qué hacer en las canchas de fútbol y al coliseo, se nos acercó un tipo de apariencia muy graciosa y nos preguntó quiénes éramos, cuántos años teníamos y todo lo que se sigue... allí empezó la conversación y salió a relucir lo que queríamos estudiar, ella Zootecnia y yo Educación Física. A *Chiripa* lo acompañaba Fabio Londoño, y ambos celebraron mi elección, nos contaron que ellos eran profesor y estudiante respectivamente y que era algo muy bueno, también nos propusieron que mientras ingresábamos formalmente viniéramos al grupo de "gimnasia olímpica" que él, *Chiripa*, dirigía. De tal manera que integré el "equipo de gimnasia de Chiripa" y participé del "entrenamiento" día tras día, a las 12.m. y por tres años consecutivos. Conocí pues a Luz Elena Arias; a Fernando *Maleta*, a Fernando Ángel, que me encantaba; a Enrique *mano de gancho* Jiménez; a Cesar Cardona; a Hernán Vargas, a quien llamaba *el tío* y a Rosmira Saldarriaga, la enfermera gimnasta, a quien llamaban *la chumbi*; por mi parte recibí el apodo de *la chica de goma*.



Rubiela levanta la pierna con apoyo en Rosmira Saldarriaga

Pero no sólo ingresé a este grupo, también me introduje en la dinámica de la Universidad, de los grupos de oposición, de los bandos encontrados y de las broncas sempiternas. Para el caso éramos “las de chiripa” y “las de Marino”, sí, Marino Pineda, a quien hoy recuerdo con cariño y admiración; Olga Monsalve, por ejemplo, era de las de Marino. Ya había mojones de una brecha que aún hoy no se salda. Según recuerdo en el patio trasero de aquella pelea estaba “la misión alemana” y unos implementos que había donado al departamento de Educación Física.



Grupo de “Chiripa”: acostada Graciela Díaz y sentada Luz Elena Arias

De la mano de Chiripa hice mis primeros pinos en docencia. Los sábados me correspondía darles clase a los hijos de algunos profesores en el programa de Gimnasia Infantil.



Clase de gimnasia infantil, dirige Jorge Iván Ríos, *Chiripa*

A quienes apenas iniciábamos la labor nos correspondía ser una suerte de “aprendices” en el arte, participábamos en las sesiones como asistentes de un profesor que tuviera más trayectoria. Mi maestro fue Jorge Alberto, a quien aprendí a valorar por su capacidad de trabajar con niños. Él me infundía confianza, me animaba a orientar la sesión y siempre tenía una sonrisa en el rostro que me hacía pensar que, de cara a esta labor, sabía algo que yo no sabía, era una especie de secreto que él acunaba con reserva, y que quería que yo descubriera por mi propia cuenta.



Clase de gimnasia infantil. En círculo rojo grande Jorge Alberto, en pequeño Rubiela

En estos espacios todo fluía muy bien y más que las actividades, lo que me fascinaba era su relación con los niños, la tranquilidad con que guiaba las tareas y la manera como me inducía a tomar las riendas de la clase; ni para qué decirlo, pero yo me moría de miedo de estar allí, frente a esta tarea y con los papás mirándome. Jorge Alberto estudiaba Biología, nunca terminó la carrera, un día se fracturó un brazo y ya no vino más. Yo asumí mi responsabilidad.



Clase de gimnasia infantil. Rubiela Arboleda dirige, manos en la cintura

Trabajé varios años, y alumnos como Luciano, Santiago, Sebastián Gómez y Álvaro Eignerren, nunca han dejado de habitarme. De este último conservo una imagen: los niños debían avanzar en “cuatro patas” sobre un mal llamado tobogán, una vez llegaban a una esquina se deslizaban por un plano inclinado, cuando Álvaro estuvo allí, en esa esquina, se quedó mirando al horizonte, yo le pregunté qué pasaba y me respondió “las nubes”, estaba fascinado y sus ojos brillaron de una manera que ojalá pudiera describir; lo vi hace poco, vive el Chile y es un hombre hermoso, grande y, por supuesto, no me recuerda, tenía 3 años en 1977.



Álvaro Eigner Froden, alumno del programa de gimnasia infantil, 1977



Pasé a la Universidad y mi primera asesoría y registro la hice de la mano paradójicamente de "mano de gancho". El mecanismo era complicado, se hacía en el coliseo, con el sistema de tarjetas correspondiente a los computadores de la época, como fue el examen de admisión. Existía una cosa maravillosa que se llamaba "humanidades", que eran materias obligadas para todas las carreras: introducción a la sociología, matemática (M100), inglés I y II, por ejemplo; ¡ah! pero nada como biología para hacernos sufrir y tenernos en vilo el día que había evaluación, porque ese era un colador de primíparos; con preguntas como "cuál es la unidad funcional de

riñón: nefrón” nos preparábamos para los exámenes Juan Gómez, Marucha Zapata, el ñato Valencia y Nora Castañeda; bueno, y casi todos en deportes, parecía que todos allí cursábamos la misma materia y cuando había examen la tensión en el área de la piscina y en la cafetería “podía cortarse”. En fin, que el registro era complicado por los horarios, porque si no eras de los primeros en hacerlo te tocaban las jornadas más atravesadas para los cursos. Para mi primera experiencia, *Chiripa* me había conseguido una tarjeta de biología; yo no entendía lo valioso de aquello hasta que, con Quique Jiménez, me vi enfrentada a la maratón de la matrícula. Me halaba de la mano, me llevaba a todos los puestos de las materias que previamente el asesor, Fernando Estrada, había indicado para mí; él hablaba por mí, regateaba horarios por mí, respondía por mí, yo lo miraba aterrada y no podía entender la lógica de aquello, él no me dejaba hacerlo. Luego de una intensa pelea con quienes repartían las tarjetas de la dichosa biología y de no lograr un horario cómodo, saqué tímidamente la tarjeta que me habían dado, entonces, me tomó de la mano, me haló con más fuerza y me decía

-Repita conmigo: soy una güeva, soy una güeva, soy una güeva

Y así hasta que terminó el proceso, y desde ese momento y hasta que nos vimos, hace muchos años ya, en tiempos de la Universidad a distancia, para Enrique, *mano de gancho* Jiménez, soy una güeva. Con el tiempo y las lógicas políticas –académicas en el Instituto, que se destacan por las alianzas estratégicas para conveniencias personales: nombramientos, reconocimientos, cargos y favorecimientos económicos etc. cada vez estoy más convencida de ello, ¡soy una güeva!

En junio de 1977 inicié mis estudios en Educación Física de la Universidad de Antioquia, me veía muy joven y me gané el mote de “la pelaita”; aún recuerdo cuando denuncié una molestia con mis cordales y Luz Elena Arias me dijo:

-O sea que ya te estás poniendo viejita

A lo que contesté

-Ya quisiera una viejita que su molestia fueran las cordales

La jefa de departamento era Elvia Correa Gil y estábamos adscritos a la Facultad de Educación. Los cursos de la carrera para el primer semestre eran: Introducción a la Educación Física; Gimnasia I y Juegos básicos, orientado este último por Jorge Páez, él nos enseñó “calles y carreras” y en su primera sesión hicimos una actividad con refranes. Recuerdo bien que Vargas, *el tío*, no sabía qué decir y sólo se le ocurrió “vanidad de vanidades ¿quién es quién?” todavía me río al recordar ese momento.

La estructura curricular era sencilla: en el área se servían los deportes I, II, III y hasta IV (las mujeres éramos eximidas de fútbol); Educación brindaba el apoyo pedagógico y Ciencias y Humanidades la formación más “universal”, una suerte de deber saber de todos los Universitarios. El plan era de

8 semestres y se hacían sin grandes contratiempos, siempre que se pudiera cuadrar los horarios en función de las clases que todos dábamos aquí y allá; así, tener moto pasó a ser constitutivo del *ethos* del educador físico.

En ese primer semestre, muy recién empezando, me tocó presenciar una graduación de Educación Física que se efectuó en la decanatura de Educación, ubicada en ese tiempo en el segundo piso del bloque 12. Había un tumulto en una puerta, me asomé y alcancé a ver a un muchacho, con camisa de cuadros de "Candy", muy de moda en el momento, que hacía su juramento; esa fue mi primera noticia sobre Benjamín, Benjamín Díaz Leal.



Ceremonia de graduación de Benjamín Díaz L.

Días después vi a Benjamín en la puerta de las oficinas donde está ubicado ahora el consultorio y la asociación... Me acerqué para preguntar la hora y en lugar de señalar mi mano, le toqué la muñeca a él para decirle "¿me da la hora?". Recuerdo su cara entre asombrada y coqueta y me respondió "sepa que esa manera de preguntar la hora me gustó mucho", allí nos cruzamos y se estableció entonces una relación que permanecería por muchos años. Pero "nada es eterno en el mundo".

La Educación Física, en esa época no tenía vuelta de hoja, era simple: hacer ejercicio, se ofrecían deportes y el área "paramédica" como nos enorgullecía llamar a ciertas materias, era el coco y el estatus de nuestra profesión. La generación anterior estaba compuesta por estudiantes como Rodrigo Arboleda, José Luis Betancur, Polo, Álvaro Álvarez, Rafa Manjarrés, Faciolince, Gloria Ortiz, Etelvina Rentería, Betty Valencia, Gloria Múnera, Alberto Duque, Fray Luis, Abundio, Beatriz Caro y Jimmy Gamarra; fui compañera de banca de Rafael Aguilar, Juan Gómez, Mauricio Piza, Pompilio, Iván Darío Restrepo "la pulga", Marucha Zapata, William Moreno, Oscar

Restrepo, Patricia Zuluaga, Darío Grajales y, más tarde, Saúl Franco; todos buenos deportistas, dedicados, aplicados, destacados y ¡competitivos, como no!.



Entre profes y compas, Fernando Estrada, Benjamín Díaz, Edison Cardona, Alberto Pareja, Jorge Luis Páez, Abundio, Alberto Duque, Oscar Restrepo, y Rafa Aguilar.



Saúl Franco, Rubiela Arboleda y Mauricio Piza



Fiesta de grados 1983. Juan David Gómez y Rubiela Arboleda

Darío Grajales y yo no brillábamos por nuestras capacidades deportivas, ¡Hey Flaco ¿qué hacíamos allí?



Fiesta de graduación 1983. Cristina Arboleda, Saúl Franco y Darío Grajales, al fondo.

Por mi parte empecé a pensar en el cuerpo y en que aquello, eso que hacíamos, era algo más, tal vez por sentirme excluida en muchas ocasiones, tal vez por solo limitarme a verlos a todos ellos desde las graderías, tal vez por haber sido motivo de burlas y chanzas, no sé, tal vez guiada por alguna intuición, no me retiré y me dediqué a buscarle "la comba al palo" para no salir por bajo rendimiento, no académico, sino deportivo. Lo más próxima que estuve a la competencia fue en aquello que llamábamos gimnasia olímpica y mis días allí fueron contados, inicié vieja para el oficio, con demasiada flexibilidad y nada de fuerza.



Grupo de "Chiripa": primer plano Luz Elena Arias, segundo plano Cecilia Valencia y último plano Rubiela Arboleda.

Recuerdo bien algunas situaciones que ilustran con mucho la idiosincrasia de la Educación Física de aquella época: en la primera clase de voleibol nos pusieron a sacar, para mí era algo nuevo y, bueno, mi torpeza emergió sin duda y el comentario de Fernando Estrada, el profesor de turno, fue:

-Cómo le irá a ir en el examen

Y así me fue, empecé la prueba, muchos se rieron, él mismo se rió y yo salí llorando. No sería la primera vez que saldría llorando; en clase con Hendricks Cuesta me sucedió parecido, no había tocado un bate, Juan me entrenó mucho para el examen, a mí me salió ampolla de batear y en la prueba yo estaba feliz porque las agarraba todas, bateaba todas, en medio de ésta cayó un aguacero y nos fuimos a guarecer el coliseo mientras pasaba el chaparrón, en ese inter el profesor Cuesta dijo:

-A todos les está yendo muy bien, se les ve el trabajo, menos a Rubiela... tiene ...

No escuché más, para mí había sido suficiente, era la más mala de la clase ¿de qué valía mi ampolla, agarrarlas todas... estar feliz? De nada, eso no era sóftbol y de pedagogía ni idea en ese entonces. Sobra decir que mi llanto llegó a un punto de no poder hablar.

Hendricks, por su parte, lamentaría este incidente como una tacha en su espíritu didáctico. La competencia deportiva y su connatural, la técnica, marcaba la estructura académica de la Educación Física. También era un rasgo de esta estructura la masculinidad. En clase de baloncesto, orientada por Benjamín, *Mincho*, se tenía la costumbre de terminar con un picadito, se sacaban dos equipos entre los compañeros y se jugaban los 10 minutos finales. Alguna vez a un compañero se le ocurrió decir:

-¡Hey, les cambiamos dos mujeres por un hombre!

Creo que aún ha de estar aturcido por mi regaño, me encendí de tal manera que ni siquiera articulaba las ideas. Libardo, el gestor de dicho negocio, jamás volvió a mediar en la conformación de los grupos. La estructura masculina del mundo del deporte y de la Educación Física ha logrado menguarse pero no erradicarse. Incluso cuando las mujeres han llegado al “poder” se han comportado igual, ahora me pregunto si realmente importa la perspectiva de género o lo que pesa es esa mentalidad de hijos de la colonia, de colonizados, para quienes siempre es mejor lo que viene de afuera, las cosas se hacen como siempre se han hecho y el otro igual es una amenaza y ello demanda invisibilización... Pues ni modo, con hombres y mujeres a mí me ha ido igual, sigo siendo esa güeva ya anunciada en 1977.

En clase con Benjamín pasábamos muy bien, él siempre ha tenido excelente sentido del humor y los chistes que allí surgían hicieron historia. Su tema favorito era la táctica y la estrategia y la explicaba pintando en el tablero a los jugadores. Aquel grupo tenía una composición bastante variopinta, con mucha gente del oriente antioqueño y de tierras frías; estaban allí, Fernando *maleta*, Luz Elena Arias, Edison Cardona y Argemiro, apodado *polvo de burro*, los cuatro de Sonsón y en el grupo se decía que los de Sonsón jugaban con ruanas. Pues bien, *Mincho* alguna vez en sus gráficos estratégicos sólo pintó 4 jugadores; cuándo le preguntaron por el quinto contestó:

-Es que está cuidando las ruanas.

Tiempo después, con otro grupo, asistía una chica-señora, de figura diminuta en tamaño y peso y un poco torpe en lo motriz. *Mincho* les enseñó el famosísimo “pie de pivot” y la muy entusiasta empezó a girar sobre su propio eje, dando la vuelta completa con apoyo en un solo pie y *Mincho* les dice:

-No, no lo hagan como la mujer maravilla.

Además de reírse en coro, desde ese día ya no fue más Gabrielita sino la mujer maravilla para todos.



Después de clase de baloncesto. Rubiela, Saúl y Benjamín

Compartíamos muchas cosas en ese entonces. Teníamos un grupo de apoyo al deporte campesino (CODECAM), que era coordinado por Sixto Iván Orozco, un abogado y político, de lo más insistente en sus afanes. Con él empezamos a asistir a unas sesiones de actividad física, que en el argot de ahora serían "comunitarias". Eran en la vereda San Ignacio, del Municipio de Guarne. Los sábados, luego del Programa de Proyección Pedagógica (PPP), agarrábamos un bus e íbamos a aquel lugar de aire frío, pero de gente cálida, que nos recibía llena de gusto. A mí me correspondían los niños y a Fernando Agudelo, Edison Cardona y Jairo Pérez, *el pingo*, los jóvenes y los adultos; Jorge Páez, mientras, hacía alianzas con Sixto. Muchas veces el hambre nos acosaba de una manera insospechada porque empatábamos jornadas y escenario urbano-rural; una vez estábamos desesperados, *el pingo* se bajó del bus y se fue a darle una vuelta a la plaza mientras arrancábamos; cuando regresó nos dijo que se había ido a despistar el hambre.

Las mañanas en el PPP (sigla con la que solían molestar a Páez, pues decían que significaba el Programa del Pobre Páez) eran duras; nosotros habíamos iniciado ese empeño de ir los sábados a *La de Antioquia* a atender a la gente con actividades recreativas. No olvido la primera clase, yo no madrugué y cuando el teléfono sonó en mi casa era Jorge Páez a pedirme que fuera, que había un grupo grande y que ese día se inauguraba eso que soñábamos. Corrí y los alcancé, ya llevaban un

rato de juegos cuando me uní a los profes y siempre estaré agradecida con Páez por haberme “obligado” a estar en la primera sesión de un proyecto de tanta significación en la historia de la Universidad de Antioquia, del Instituto de Educación Física y de la ciudad. Ya tenía la experiencia del trabajo los sábados con Gimnasia Infantil y ahora trataba de cumplirle a los dos.



Programa de Proyección Pedagógica. Dirigen Rubiela Arboleda y Darío Yepes. El niño de azul es Sebastián Gómez.

En ambos casos aprendí a trabajar con los niños y sus padres y me introduje también en esa lógica de la crítica a todo aquello que ha surgido en el hoy Instituto y que en sus inicios debe luchar más con los colegas que con las propias demandas. Gimnasia Infantil y PPP sobrevivieron a

arremetidas fuertes de los mismos que acabaron con ALEFUA. Hay palabras que acuden a mi memoria:

-Es que da lástima verla a usted compañera trabajando en la cancha con 40 personas, eso es antipedagógico.

Quién iba a pensar que años después, desde otro rol, sostendrían la posibilidad de dar clases con cien personas en un auditorio y con un micrófono. Cuestión de perspectiva dirán.



Clase de gimnasia infantil, dirigen Fernando Restrepo (maleta), Rosmira (chumbi), Germán (Sta. Fe) y César Cardona.



Programa de Proyección Pedagógica. Dirigen Rubiela Arboleda y Darío Yepes.

Hace un par de años asistí a la celebración de los 30 años de Proyección Pedagógica y allí, para acompañar a su colega de luchas y de empresas quijotescas estaba también Jorge Iván Ríos; me emocionó mucho, nos hicimos tomar una foto Mincho, Páez, Chiripa y yo. Esta foto tiene el valor de evidencia de una historia de disputas, obstinaciones y afectos.



Celebración de los 30 años de PPP. Jorge Iván (chiripa); Jorge Luis Páez, Rubiela y Benjamín (mincho)

Para volver con CODECAM diré que hicimos muchas incursiones rurales con el arma de la motricidad y con el discurso de la liberación vía deporte. En grupo y con prácticas semiclandestinas, aprendimos screen en el segundo piso del bloque 22. Estábamos felices de conocer esa técnica y aún recuerdo que con un modelito de afiche que decía "Vereda Santa Bárbara", marcamos cuanto tela se nos atravesó. Cómo sería el entusiasmo que hasta el buzo con el que hacía gimnasia, y que aún estaba húmedo por el sudor de mi práctica del medio día, pasó por aquella rejilla templada en un marco de madera y con tinta roja con la que vimos aparecer aquellas letras que luciríamos como memoria de una suerte de alianza secreta que habíamos firmado esa noche de crítica, propósitos y humor. Digo humor porque siempre nos reíamos de todo, siempre había apuntes jocosos que nos hacían felices. En una de esas noches, por ejemplo, estábamos hablando de la dura vida del campo, de los problemas que aquejaban a los campesinos colombianos y de las necesidad de pensar en esto desde las aulas universitarias; entonces saltó Mincho, una vez más, para decirnos que "sí, en el campo la vida es dura, tan dura que a mí, por ejemplo, me tocaba dormir en la pieza del chivo con los hermanos"... aún nos preguntamos si hablaba de sus hermanos o de los del chivo.

Con CODECAM conocí muchos lugares de Antioquia: San Ignacio (Guarne), Quiebra Honda (Cristales), de donde regresamos en el único bus escalera disponible un 31 de diciembre, es que éramos muy comprometidos; Sta. Bárbara, Alto Colorado (San Jerónimo), El Aro (Ituango), entre otros. De este último tengo muchos recuerdos por el mismo viaje: había que llegar a Puerto Valdivia, agarrar chalupa hasta un rinconcito llamado Puerto Escondido, luego cruzar el Cauca, ocho horas en bestia y llegar a un lugar donde la neblina impide ver al otro a las once de la mañana. La primera vez dormí en una casa donde vivían 22 personas en dos habitaciones y me desocuparon una cama doble, ni qué decir que no pegué un ojo en toda la noche de solo pensar en los que había bajado de la cama. Allí aprendí eso de echarle una cucharada enorme de manteca a los frijoles y tuve la experiencia viva del calambombo. De regreso me enfermé y me tocó acostarme al lado de una marrana en la chalupa. Fui varias veces; en una de esas, un tres de enero, nos retrasamos y no hubo bestia, empezamos el viaje a pie y para sorpresa mía a Edison Cardona, que era alto y fuerte, le dio más duro el tramo que a Fernando, el enano. Edison nos dejó de hablar a mitad de camino y como castigo por nuestros comentarios se comió él solito el fiambre que le habían preparado en la casa, nunca se me olvida ese chicharrón de N patas, frío y grasoso... ¡los demás no llevábamos nada!

La vida política fue importante y Educación Física siempre fue un "nicho" de opinión del orden de las cosas: paros pidiendo cambio de jefatura por ser de otra área de formación, asambleas cuestionando reglamentos, mítines pidiendo cambio de profesores: "fuera Serna, Mejía y Lagoyette" fue un estribillo bien conocido, recuerdo alguna vez que íbamos por un pasillo gritando esto y al líder del coro se le salió un gallo, todos nos reímos a carcajadas y hasta allí llegó la protesta. No digo su nombre porque es muy "tocado", pero sé que si lee esta nota lo recordará también. A la organización gremial de profesores de Educación Física, autodenominada "Comité Asesor" la llamaban en Educación y los profesores rechazados del área "el comité ascensor", porque decían que siempre terminaban en nuevos cargos.

El asunto es que en Educación Física había personajes que tenían un fuerte sentido crítico y cuestionaban cada acto administrativo; allí crecí, aprendiendo de ellos, queriendo entender esa manera de ver las cosas y, en ocasiones, hasta admirándolos. Viene a mi memoria, por ejemplo, la huelga de hambre de 1979, cuando amanecimos custodiando a los huelguistas, cómo nos presentamos uno a uno en la reunión previa en el aula 10-110. Cada uno se levantaba y decía su nombre y algunos de los asistentes debían aprobar la presencia y dar fe de la confianza política en los participantes; así pues, cuando dije mi nombre, los que eran mis amigos levantaron la mano e igual hice cuando ellos entraron en escena. Luego salimos como una de las "brigadas" con un bloque asignado y con un santo y seña. Esto hasta las seis de la mañana hora en la que llegaban

los relevos. Sí, los profesores y estudiantes de Educación Física de ese entonces éramos políticamente activos. Recuerdo bien en 1981 los preparativos de reacción para la visita de George Bush en calidad de vicepresidente de los Estados Unidos y la frustración que sentimos con el infortunado incidente de Sor Carmen Cañaveral López, la monja que supuestamente (aún tengo mis dudas) quemaron los estudiantes en una manifestación–pedrea en la calle Barranquilla, justo el día antes de la protesta. Esto echó por tierra los planes y dejó encaletados los panfletos y demás adminículos connaturales a una marcha. Cerraron la Universidad, desalojaron a todos, absolutamente a todos los ocupantes de la ciudad universitaria, hubo detenidos empleados, profesores y estudiantes, a otros nos retuvieron el carné a la salida, a un amigo le tocó comerse, a pedacitos, una pañoleta de Estados Unidos, y de la monja nunca se supo más, sólo quedó el recuerdo sintetizado en el apodo de “sor prendida” y el titular en el Colombiano 3 años después, “En libertad asesinos de la monja”, como resultado de la intervención de amnistía internacional.

Pero el correr de los años, con las prácticas y aspiraciones personales que marchan al paso, demostraron que sí, que probablemente algunos eran del “comité ascensor” y que lo que creí conciencia de clase era realmente resentimiento de clase: no les molestaba el poder, les molestaba no estar en él y bueno, muchos, mis más cercanos, se perdieron en la bruma de la democracia, la politiquería y la búsqueda de un posicionamiento que ha dejado su huella, en ocasiones nefasta, en la disciplina; vi caer aquellos principios que me alimentaron el amor por el campo, de tal manera que se hizo cotidiano mercantilizar profesión, traicionar al gremio, desdibujar el saber y, cómo no, traficar influencias.

Otros, cómo no recordarlos, están ahora en el olvido o en el autoexilio: Hendricks Cuesta, un mago del sarcasmo que nunca declinó en apuntar, disparar y hasta herir con sus comentarios que no por agudos adolecían de razón. El otro es Enrique Ríos, tal vez el único Educador Físico que hizo de su vida un acto coherente con su pensamiento, arrastrando en ello el amiguismo y la conciliación. A él mis respetos de todo corazón por su entereza moral, tan escasa en este mundo de la “corporeidad”. Por lo demás, ha gozado de un excelente sentido del humor, lo cual contrasta con su rostro siempre serio, tímido y con una mirada que esquiva toda frontalidad. Anécdotas como el calambre en una pierna que le hizo interrumpir, con un grito, una de sus disertaciones en un claustro de profesores, o aquella vez en que mencionó el diapasón como un instrumento que debíamos incluir en la clase de rítmica, ¡siempre nos hacen recordarlo con una sonrisa! Ah, y una que aún saca risas, la cual no presencié pero que llegó a mis oídos, cuando incursionando en el mundo de la tecnología educativa, en medio de la clase se le movió una de las hojas de los acetatos y él corrió al tablero para detenerla, no una sino dos veces; pero más que la distracción que lo llevó a “parar el tablero” lo que habla de Enrique es la cara de seriedad cuando le pasó una primera vez, y su risa en un escritorio sin mirar a nadie, cuando le pasó la segunda vez. Ese era

Enrique, una persona con la capacidad para hacer crítica aguda y con la inteligencia para reírse de sí mismo.

Han sido muchos los profesores que marcaron mi paso por la Educación Física. ¿Cómo olvidar a un Sergio Velásquez?, quien además de su capacidad para entusiasmar por el conocimiento de las palancas, articulaciones, los abductores, aductores, inserciones, etc., y de tener el estatus de ser el kinesiólogo del Poderoso Deportivo Independiente Medellín, tenía un más poderoso aún don de seducción; era hermoso, galante, de modales cuidados y el mejor vestido de todos los profesores de la Universidad, diría yo. Siempre estaba perfectamente combinado de pies a cabeza y lucía con elegancia ¡hasta las guayaberas! A las mujeres nos encantaba y su clase era un placer. Era un profesor adinerado y de él se decía que no le importaba el salario, tanto así que se le acumulaban los cheques en la oficina de Marina. No faltaba a esa clase y saqué las mejores notas de mi carrera, por eso me recomendó como profesora en el "Centro Educativo los Pinos", preescolar que su esposa acababa de fundar. Mi primer empleo. Allí entendí eso de la ropa selecta y compuesta de Sergio, allí también hice mis primeros pasos en esto de la docencia y di mi primera pelea por un mejor salario. Era 1978, apenas si sabía dónde estaba parada en esto de la pedagogía, de la Educación Física y de ser empleada y, sabía menos aún, de las vicisitudes de la vida.



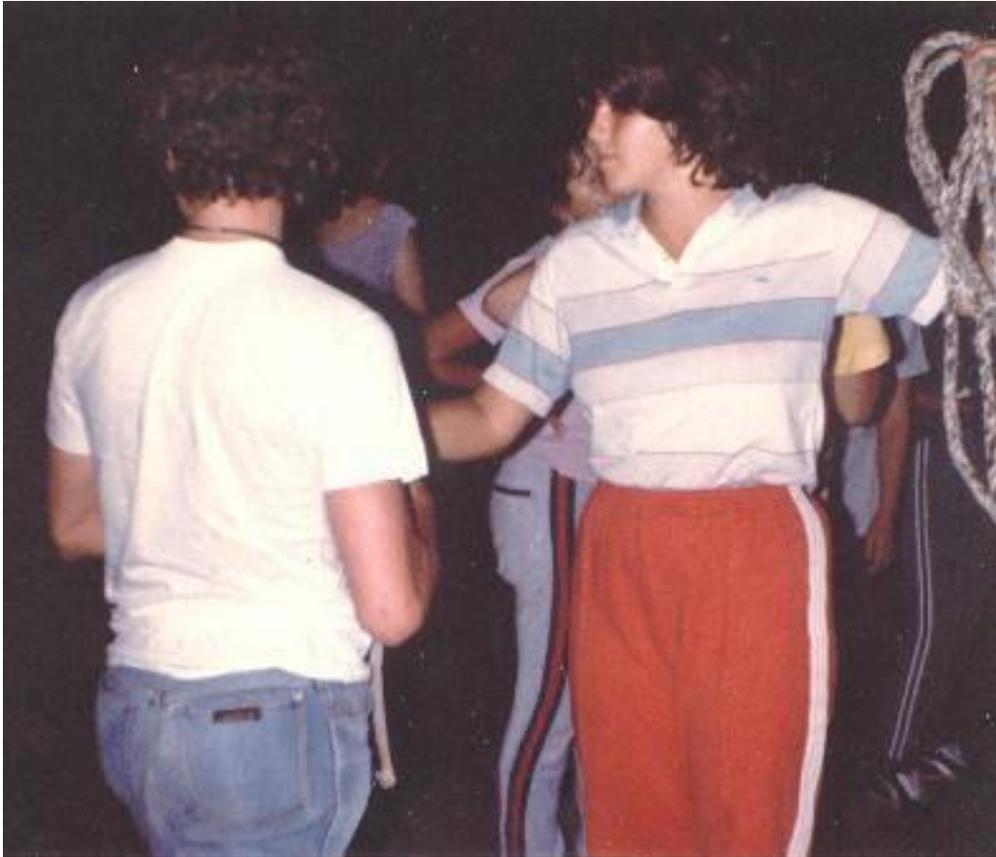
Clase de Educación Física en el Centro Educativo Los Pinos, dirige Rubiela Arboleda.

Otro profesor inolvidable es el profesor Alberto Londoño, quien ofrecía el curso de danzas folclóricas nacionales. Lo recuerdo por su apariencia: siempre en sandalias, con el pantalón caído, el cabello largo y le faltaban algunos dientes. Otra cara de la pedagogía. Alberto era profesor de la Universidad sin haber pasado de quinto de primaria, nunca había recibido formación en

pedagogía y tenía dificultades con el discurso; pero dejó huella en esto de enseñar desde la pasión, la experiencia, la sensatez y la humildad. Este señor que fuera también mi profesor en la Escuela Popular de Artes, fue el autor del libro "Danzas folclóricas colombianas" que por mucho tiempo fue el más vendido en la librería de la Universidad, en su momento un "best seller" de lo que hoy llamaría "Expresiones motrices artísticas" y otro gran omitido del "Listado de Libros escritos por Docentes del Instituto Universitario de Educación Física..." que salió en la revista volumen 23 número 1 del Instituto. Otro acto que, por el afán de exclusión de algunos profesores, termina devolviéndose contra el mismo Instituto, pues el listado se redujo a 7 textos y deja en duda la productividad del colectivo.

Del profesor Alberto Pareja tengo también recuerdos significativos porque siempre se destacó por su preocupación por ir al paso con los conocimientos que emergían en el campo. Los nuevos tecnolectos, las nuevas técnicas y los nuevos métodos aparecían en su discurso y frente a eso no había la menor duda porque "lo dijo Pareja". Su curso de preparación física lo hice tres veces, no por perderlo, sino por mi intención de aprender lo nuevo. Lo sucedí en algunos de los empleos que dejaba, él me recomendaba para reemplazarlo y aquello era una verdadera presión por lo comprometedor de la situación.





Clase en el Parque de las Banderas. Dirige Rubiela Arboleda, en un intento por reemplazar al profesor Alberto Pareja

Empero, esta presión no fue la única de cara al profesor Pareja; también fui profesora de su hija Diana y de su mamá, Q.E.P.D y de otras personas cercanas a él. También fue mi entrenador en un equipo que conformamos para participar en el "interfacultades de fútbol femenino", allí hice unos buenos pases y también las jugadas más desastrosas de la historia de este deporte. En una ocasión tomé impulso para patear la pelota y desatiné tanto que, con la rodilla, me reventé la nariz; comprendí pues que la flexibilidad no siempre es una gran virtud. Terminé el torneo con la pierna enyesada pero quedamos campeonas y es la única medalla que tengo en lo referido al deporte de competencia. Ahora tengo muy presente al profesor Pareja en un proyecto que quiero llevar a cabo en torno a las personas que han influido en el campo académico de la Educación Física.



Equipo de fútbol femenino del Instituto de Educación Física. Entrenador Alberto Pareja; jugadoras, de izquierda a derecha: ¿?; Rosmeri, Estella Mendez, Rubiela, Marta Sanín, Luz marina Tolosa, ¿? y Mildreid Mesa.

Ya he dejado claro que Hendricks, Enrique Ríos, Chiripa y Páez han marcado mi memoria de vida en la Educación Física. De Benjamín puedo decir que fue un maestro y aún sigue siéndolo, disfruté mucho de su compañía, su solidaridad, sus recomendaciones, su diligencia para mi ingreso a la universidad y su apoyo en la vida, por lo que estaré eternamente agradecida, en buen mexicano “lo bailado nadie se lo quita”. También he sufrido otro tanto cuando mi ideal sobre él se ha derrumbado frente a éticas y políticas que no comparto, ante el olvido de sus propias enseñanzas, el descuido del proyecto colectivo y el plegar de las banderas que creí las más sólidas de sus luchas; le debo muchas alegrías y muchas tristezas, muchas ilusiones y muchas decepciones, no obstante me parece de justicia resaltar un *ethos* pedagógico, que lo caracteriza y es, en sí mismo, un patrimonio significativo de la Educación Física.



Fiesta de grados de Educación Física. Juan Gómez, Rubiela y Benjamín Díaz "Mincho".

Con Elvia Correa he vivido también muchos momentos, diferentes roles e incontables emociones; en principio me molestaba que fuera jefe de departamento sin ser educadora física, luego me sorprendió como docente cuando nos enseñó a organizar *fixtures*. Más adelante, su convencimiento frente a la investigación el cual me inyectó con una tenacidad particular y, así mismo, le agradezco su voluntad y apoyo para que yo saliera del país. Por ella y con ella toque tierra extranjera.



Recuerdos de viaje de la mano con Elvia correa

Elvia siempre confió en mí, fue ella quien me empujó a muchos escenarios académicos y, aunque discutimos una y mil veces y diferimos en nuestra mirada del mundo, le profeso respeto y gratitud, cómo no. Elvia se obstinó en rescatar para el instituto convenios, como lo ilustra el que se tuvo con la Universidad Alemana del Deporte. Gestó en 1993 y mantuvo por mucho tiempo el grupo de Cultura Somática; trabajadora incansable y obstinada, logró consolidar un grupo del que ahora solo hay un recuerdo.



Grupo gestor de Cultura Somática. Beatriz Vélez, Rubiela Arboleda y Jürgen Griesbeck (fotógrafa Elvia Correa)

Por lo demás, siento una sana envidia por haber hecho del hedonismo su estilo de vida y por la dignidad con la que ha asumido su jubilación.



Recuerdos de viaje de la mano con Elvia Correa.

Gloria Cecilia Vallejo también fue mi profesora de rítmica; con ella las clases eran de otra naturaleza, no sólo por la actitud de profesora, quien "pintaba su raya", sino porque en el salón había un piano, símbolo de lo inalcanzable, que ella sabía tocar, cosa que yo admiraba y envidiaba indistintamente. Muy seria y muy maja, nos ofrecía sus conocimientos de un área que a veces yo sentía en otro idioma, y lo era. Siempre muy bien vestida, con ropa muy moderna, la observábamos como una guía de lo in. Recuerdo bien los "bagui", esos jeans de pliegues que yo soñaba y que ella lucía perfectamente combinados, ¡mientras yo ahorraba para tenerlos! Siempre me pareció muy joven para lo que había logrado, y aún hoy. Ha sido mi compañera de oficina estos últimos años y no dejo de sorprenderme y de aprender de esa, su manera, de estar en la vida, tan suya, tan propia y tan intocable por los otros.

La vida en la Universidad ha sido intensa. Una u otra cosa me ha ocupado y apasionado en su momento. Alguna vez, por ejemplo, fui secretaria de ALEFUA, la asociación de licenciados de Educación Física; la presidenta era Margarita Benjumea y Martha Forero la vicepresidenta; Olga Vélez, *la negra*, era la tesorera y Alberto Duque era vocal. Hicimos muchas actividades, reunimos a la gente, teníamos asambleas, sacamos un periódico, llevamos al grupo a la finca de la cooperativa "La Fraga", organizamos capacitaciones, hicimos asados, contamos chistes y realmente nos la pasamos bien en ese período. Por supuesto hubo peleas, detractores y cuestionamientos, de los mismos y por distintas cosas que finalmente agotaron nuestra voluntad y desistimos de aquel intento. No obstante dejó un buen balance.



Encuentro de mujeres, organizado por ALEFUA. Gloria Caro, Patricia Zuluaga y Rubiela Arboleda

En 1989 empecé a asesorar la práctica docente y a principios de los noventa pasé a ser la coordinadora. Rodrigo Arboleda había ascendido a jefe de departamento y fue él quien me propuso como su reemplazo; este sería el primer ofrecimiento que se me hiciera para un cargo académico-administrativo en el Instituto de Educación Física. Fue una experiencia dura pero grata. Introdujimos las prácticas con gestantes, obesos, hipertensos y discapacitados y abrimos las opciones hacia otros escenarios. Allí encontré alumnos muy significativos en mi vida profesional, y juntos aprendimos otra mirada de la Educación Física. Del grupo de estudiantes que quiso aprender el trabajo con gestantes tengo muy presente a Adriana Gallego, Nery Molina, Alba Luz Muñoz, Luz Elena Gallo, Dianita Londoño, Marta Rivillas, Chucho Pinillos, Oscar Escobar, Carlos Agudelo y Gloria Bedoya, con quienes exploramos los, en ese entonces, nuevos territorios de la Educación Física.



Encuentro de parejas gestantes, organizado por COMFAMA. Dirigen Gloria Patricia Serrano, John Jairo Vargas y Rubiela Arboleda

La apertura de la práctica fue uno de los desencadenantes, en 1992, del famoso "Semestre taller", lo que Enrique Ríos llamó "el embeleco". Alguna vez entró a mi oficina Chucho y me dijo, "profesora, es bueno que se ponga las pilas, porque vengo de clase de Atletismo y se habló toda la clase del semestre taller y parece que el foco de la pelea es la práctica". Prefiero no avanzar en detalles, detrás de ellos no había peleas políticas por las lógicas de la institución, sino búsquedas

individuales de posicionamientos, nombramientos y allí se gestaron, incluso, algunos de los cargos que se ocuparían años después. Pero sí quiero destacar la relación que surgió allí con alguien que se convirtió en uno de mis alumnos significativos, Jesús María Pinillos "Chucho", con quien llegué a compartir oficina, a diferir políticamente y, no obstante las diferencias políticas, este nexos ha perdurado, ello favorecido, estoy segura, por la sinceridad en la relación, la honestidad en nuestros actos y la confrontación directa; una relación que jamás ha sido mediada por estrategias de poder, como sí me sucedió con otras estudiantes. Le reconozco a Jesús María su vocación de educador físico, su pasión por el área, su capacidad de trabajo y su envidiable impetu pedagógico.



Jesús María Pinillos "Chucho"

El semestre taller fue complicado, me tocó idear maneras para defender la práctica abierta, flexible e inclusiva; defender el respeto al disenso y a la opción. En esa época había mucha posibilidad de vinculaciones a COMFAMA, y algunas de las estudiantes fueron contratadas para trabajar con gestantes, ello no atrajo afectos por esta práctica como una manera de apertura y de oferta; por el contrario granjeó mofas y rechazo a quienes optaban por este campo. En el semestre taller se destacaron estudiantes como Elkin Vergara, Jorge Rojas, Pachito, Fernando Tabares, Adriana Arias y Víctor Molina, con quien me ha unido su sensibilidad social, su responsabilidad académica y su espíritu crítico.

De Víctor recuerdo cuando lo "distinguí"; eran tiempos de la práctica y Rodrigo y yo citamos a una reunión de todos los estudiantes de ese semestre, la cual se llevó a cabo en la antigua cafetería

del Liceo Antioqueño, hoy el auditorio de Ciudadela Robledo, aunque no nos habíamos trasladado aún para dicha sede. Hicimos sendos discursos, abrimos la discusión y allí, en esa apertura, saltó Molina con un rostro severo, un lenguaje cuidadosamente buscado y expresado en un tono contundente y "paralizante", se dirigía a mí, me señalaba, me cuestionaba... yo estaba aterrada, no sabía qué hacer o qué decir y él continuaba sin tregua, me miraba y su rostro se endurecía cada vez más. Terminó su intervención, miré a Rodrigo y empecé a defenderme, busqué una sonrisa en este muchacho, algo en sus gestos que mitigara todo aquello que había dicho, pero no, fue inútil, no cambió un ápice en su expresión, no declinó en sus reclamos y solo atiné a decir aquello que creía oportuno, mi versión del asunto, fui honesta y dije lo que pensé. Rodrigo tomó la palabra y me asistió; la reunión concluyó sin tomar decisiones, cuando me subí al taxi para regresar a ciudad universitaria, aún temblaba, no de miedo, eso no lo sentí, sino de la emoción de este encuentro que aún hoy disfruto. Luego sería mi alumno de práctica, nos "formaríamos" en grupos opuestos, pelearíamos desde diferentes bandos, nos haríamos colegas y finalmente, las vueltas de la política *in situ* nos condujeron al mismo frente; siempre supimos que estábamos del mismo lado de la vida, solo que ahora nos permitimos decírnoslo. Cuando me fui a México, fue el único profesor del Instituto que se mantuvo contacto permanente conmigo y hasta ese momento no sabía que a más de colegas éramos amigos.



Víctor Molina

En el semestre taller presenté una reflexión organizada, a la manera de conferencia en torno al cuerpo y fue de una aceptación total. Hice crítica, propuestas y chistes y defendí el derecho de los estudiantes a vivir su propia vida sin la influencia de los maestros que los seducían llevándolos a sus fincas, ofreciéndoles premisas y haciéndoles creer que eran sujetos diferentes; de aquellos juegos maestro–alumnos quedan ahora rencores, grupos y zanjas tan profundas como lo masculino y lo femenino en el mundo del deporte. En razón de una discusión que había en el momento en torno a los conocimientos con los cuales debía llegar un estudiante a la carrera de Educación Física, sentenció: "lo único que debe saber un aspirante a Licenciado en Educación Física es bailar", sentencia que aún sostengo. Con esta presentación se inauguró para mí un

mundo que veía para otros: me hice conferencista y hasta el sol de hoy, no obstante, a mis 50 años, he decidido declinar invitaciones, ya imaginarán por qué.

Desde que recuerdo siempre se han organizado congresos en el campo. No olvido una actividad dirigida por alemanes que se llamó: Metodología y Didáctica de los Grandes Juegos; fuimos al Politécnico Jaime Isaza Cadavid a las prácticas y luego, en Coldeportes, se hizo una evaluación; Gabriel Rojas, "Olafo", preguntó por la Alemania oriental y los alemanes dieron por terminado el evento justo en ese momento. También asistí con Páez, Benjamín, Darío Grajales y Pompilio a un encuentro sobre recreación organizado por la Young Men Cristian Asociation YMCA, no entendí nada, pero salimos en una fotografía en El Colombiano y ese fue el inicio de un conflicto de autoimagen.



Encuentro Ymca 1978. Benjamín Díaz, Darío Grajales, Jorge Iván Martínez, Pompilio ¿? y Rubiela Arboleda (Jorge Páez, fotógrafo)

Asistimos a un congreso en Cartagena, viajé sola y luego llegó Benjamín con dos buses de estudiantes de Educación Física y, como muchas veces, fue la delegación más grande. Mincho era ponente, no recuerdo de qué habló pero sí la pinta: vestido crema, camisa roja y apaches azules, ¡se veía muy bien! En ese entonces eran los cubanos quienes nos decían cómo era la cosa y así conocí a Margarita Arroyo, una mujer muy bella que hizo las mejores ponencias.



Congreso de Educación Física en Cartagena, 1988. Conferencia de Benjamín Díaz

Del congreso recuerdo poco y sí mucho de islas del Rosario, las carrozas y las playas de Marbella. Margarita Benjumea estuvo allí y la recuerdo lanzándose al mar mucho antes de que el barco llegara al archipiélago, me quedé gratamente impresionada por semejante proeza.



Congreso en Cartagena, 1988. Margarita Benjumea, Mario González, Ramiro Aragón, Ligia Luz ¿?, Sonia Duque, Rubiela y Edilma Arboleda.

El primer congreso en el que participé fue departamental y se hizo en *El Poli*. Marucha Zapata y yo teníamos un taller sobre actividad física con gestantes y fue algo increíble, no por lo bueno, sino por lo singular: ella tenía una lesión de columna que no la dejaba moverse y a mí me habían hecho cirugía de cuerdas vocales y no podía hablar, así que éramos una pareja complementaria, ella hablaba y yo hacía los ejercicios, esta condición generó muchas risas y atrajo a mucha gente. El taller de al lado, que era sobre estimulación temprana, sólo tenía por asistente a Armando Muñoz, de la Universidad Surcolombiana y era orientado por Marina Tolosa. Al salir del nuestro observé aquello y sentí lástima, más aún porque la mamá de Marina había ido a llevar al niño que servía de modelo y estaba allí, totalmente fuera de lugar. Pasado el tiempo supe que ella, Marina, había muerto quemada, incinerada, y son dos imágenes que no logro disociar: la soledad de su taller y su cuerpo en llamas.

Luego vendría el Congreso Nacional de 1990, en Comfama de Girardota.



Congreso de Educación Física, 1990. Benjamín Díaz, Elvia Correa y Víctor Jairo Chinchilla

En este congreso presenté una conferencia que denominé *Gestión, cuerpo y cultura*. El susto que sentí aquella vez solo es comparable con una ocasión en 1966, cuando tenía 6 años y bailé a go-go con mi hermana en el teatro Lumen, de Caldas, "cielo roto", acompañando a un grupo de

rock que se llamaba los Monky's. Fueron tres funciones en un día y la entrada, con cine doble incluido, costaba 3 pesos con 50 centavos. Antes de entrar en escena me temblaba todo y los dientes hacían un ruido terrible al chocar; y así fue en aquel congreso, por fortuna fui bien evaluada y desde ese entonces no he parado de dar conferencias aquí y allá.

Congresos y viajes nacionales e internacionales van de la mano y se convirtieron en una práctica muy generalizada para los actores del campo, esto ha devenido en un perfil más plural de los educadores físicos.



Ecuador (mi primera salida internacional), Namibia y Perú, son huellas profundas de la Educación Física en mi vida.



El cambio de Ciudad Universitaria a Ciudadela de Robledo, la antigua sede del Liceo Antioqueño, en 1997, marca los últimos tiempos. Hubo resistencia para ese traslado, los últimos en llegar fuimos Enrique Ríos, Hendricks y yo. No queríamos ceder el espacio universitario, no queríamos perder la pluralidad y el diálogo interdisciplinar que se permitía en la Ciudad Universitaria, no queríamos que los estudiantes se alejaran de la biblioteca central, los cineforos y las canchas; una vez más, la causa declinó y este movimiento de locaciones fue un hecho. Con ese cambio llegó la transformación curricular del Instituto, versión 3 en adelante, cuyo lanzamiento se hizo en 1999, luego de años y meses de gestación, discusión y planeación; en buena parte de este proceso estuve presente y creo haber disfrutado y padecido cada momento. Se creó la especialización en administración deportiva y ya en Robledo emergieron otras especializaciones, procesos iniciados antes, pero que allí lograron su consolidación. En Robledo se diseñó la maestría en Motricidad y Desarrollo Humano, propuesta por los grupos Cultura Somática y Calidad de Vida (hoy Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad), en la actualidad coordinada por el grupo de Estudios Corporales (¡plop!), "asustados históricos" como diría Saúl. También allí se promocionó la investigación, se concluyó la investigación con Adolescentes que nos ubicó en COLCIENCIAS y se conformaron los demás grupos de investigación.

Ahora en el Instituto todos o casi todos los profesores estamos adscritos a un grupo de investigación y ésta se convirtió en un eje transversal del currículo, nos volvimos investigadores y ahora hay una jefatura específica para ello. Cuando William Moreno fue nombrado director del Instituto me propuso ocupar el cargo de coordinadora de investigación; en principio acepté pero luego decliné la invitación por acatamiento al "sector" político al que estaba vinculada. Esa sería, paradójicamente viniendo de mi gran "opositor", la segunda y última propuesta de asumir un rol administrativo en mi larga vida laboral y cuando lo recuerdo me da risa, toda vez que eso de ser fiel a los grupos y a los amigos resulta absurdo en la dinámica interna de esta dependencia

académica y ratifica aquello me dijera mano de gancho Jiménez, "repita conmigo soy una güeva"...

Desde siempre los educadores físicos han buscado complementar y cualificar su formación con otras disciplinas, en los últimos tiempos se ven los resultados de estos esfuerzos, cada vez son más quienes tienen formación en otra áreas, quienes realizan estudios de maestría y de doctorado y ello ha generado una dinámica significativa en el estatuto profesional que hoy vivimos. No obstante, el gremio sigue siendo descalificador de sus miembros y se siguen respetando más los discursos provenientes de otras áreas, incluso para ocupar algunos cargos de orden administrativo - académico. En otros tiempos esto se explicaba por la necesidad de integrar otros saberes a la construcción de este campo y no era común encontrar educadores físicos con formación complementaria; empero ahora resulta difícil de entender, por fuera de las tramas politiqueras, que se elija para establecer directrices académicas a representantes de otros saberes no siempre respetuosos de la Educación Física, toda vez que los propios licenciados se han empeñado en cualificarse como profesionales y académicos. Esta incapacidad intrínseca de reconocernos como saber y como sujetos se traduce en situaciones como la ya mencionada, la preferencia por profesionales de otras áreas y el consecuente desprecio por la propia y, más peligrosa y ¿dualista? aún, el afán de desdibujar nuestros discursos, nuestros saberes y nuestras prácticas por discursos subsidiarios que, si bien podrían aportar mucho, más bien ocultan nuestra disciplina en aras de posicionar otros saberes con mayor estatuto académico.

Para intentar finalizar este relato interminable, me quiero referir a la muerte del *negro* José Luis Betancur y a sus implicaciones en mi historia personal en el Instituto. *El Negro* se convirtió en una presencia fuerte en mis pensamientos en sus últimos días, incluso le dediqué alguna presentación que hice ante el círculo de profesores de IUEF. El día de su muerte yo tenía que dar clase en la Facultad de Artes y llegué con tiempo suficiente para ir a la librería; al salir me quedé unos segundos en las escaleras que dan a la piscina y recordé aquel tiempo con mis viejos compañeros, cuando estábamos chiquitos y salíamos a hacer deporte al medio día, y vi, en una especie de retrospectiva, a William, a Juan, a Rodrigo, a Rafa, etc. y, por supuesto, al *Negro* que era motivo de orgullo y admiración; sentí una enorme tristeza y nostalgia de aquel tiempo y de aquellos afectos, me entré al baño a llorar y cuando terminé mi clase, llamé a la jefatura del Instituto y Gloria Castañeda me dijo que José Luis había muerto. Me sorprendió, no que muriera, pues lo estábamos esperando, sino esa percepción que me asistió en su muerte. Lamenté mi distancia con mis compañeros de generación, sentí el impulso de llamarlos, de buscarlos, quise estar con ellos y, en efecto, los busqué y los abracé en calidad de hermanos recuperados. Para muchos ha sido extraño y hasta criticable que se restablecieran ciertas relaciones deterioradas por años de peleas, de posturas diferentes ante las dinámicas del Instituto, por tantas pasiones encontradas... en fin, por rencillas propias a más de treinta años de convivencia. No obstante, este quiebre, que

partió de lo emocional, me ha enseñado que uno pertenece a su generación, que su grupo lo conforman quienes han compartido tus propias experiencias y han padecido tus mismas vicisitudes. Entendí también por qué es imposible ser aliada de quienes fueran tus maestros o de quienes fueran tus alumnos, pues ambos grupos cargan sus propias motivaciones y encarnan su propia época.

Los unos, viejos, con el temor a su “desaparición” profesional, aferrándose a aquello que los vincula con una historia de gloria, y de protagonismo, que se resisten a considerar pasada, arrastrando en ello sus principios más defendidos por años, arrastrando incluso aquello que predicaron y enseñaron, aspecto que me ha sido difícil digerir, me refiero a mi incapacidad de comprender acciones que desdican y echan por tierra antiguos pregones morales y políticos.

Otro tanto acaece con los segundos, tus exalumnos, ahora en una búsqueda, muy humana por cierto, de reconocimiento, posicionamiento, de un lugar destacado aunque esto implique “matar al padre-madre”, desdibujar personas y logros de otros, para poder hacerse a una mirada directa, que no se cruce con quienes fueron artífices de lo que ahora son y hasta imitan. Esta suerte de desconcierto frente a los exalumnos se mitiga con el recuerdo de quien fuera mi alumna, asistente, y ahora amiga, Eddy Bedoya, la pequeña, ¡siempre lista! a mis ocurrencias, sin perder su propio criterio, lo que le permitió asumir, en ocasiones, posturas contrarias a mis deseos. Otro tanto sucede con Viviana Vargas, siempre presente.



La Comedia, celebración del lanzamiento del libro “El cuerpo: huellas del desplazamiento. El caso de Macondo. Saúl franco y Eddy Bedoya “la pequeña”; Valentín González y Viviana Vargas.

A reserva de estas excepciones, he quedado convencida de que uno no se puede interponer en la historia de otros ¡no señores!, ¡no muchachos! no, no se puede ser amigo y cómplice de quienes no comparten tus anécdotas, tus sueños, ni tu postura ante el mundo, son pues muy pocos los

posible amigos y menos los compañeros, tal vez, a lo mucho, colegas. Perteneceemos, no solo a un espacio, sino a un tiempo y a unas ideas que nos definen.

Como se puede inferir tanto en la historia del Instituto como en la mía en éste, han existido personajes constantes que han marcado a una y a otra; lo que tenemos hoy es un resultado, una construcción realizada a pulso... un reflejo de maneras de pensar y de ver el mundo; empero, esta es solo mi versión de un asunto, que no soy capaz adjetivar ¿bueno? ¿malo?, no sé, ha sido mi vida.